

PATRICIA MAY, ANTROPÓLOGA

La gurú sin ego

Ximena Torres Cautivo

-Hazme no más la pregunta que quieres hacerme; no te compliques... -dice Patricia May, manipulando la bandeja que Sergio Sagües, su marido, ha traído hasta este lugar en el centro del jardín, donde nos instalamos para aprovechar el reconfortante sol invernal.

Llegamos hace un par de horas a la parcela de la antropóloga en Colina, atravesando una masa casi compacta de esmog que como por milagro, dejó ver el cielo azul antes de que entráramos a esta casa y nos sentáramos a conversar al aire libre. Entre los prolegómenos del diálogo, hubo un preciso y definitivo rayado de cancha: "No quiero hablar de mi vida personal. No me interesa. No sé cómo hay personas que revelan a los medios toda su intimidad. Yo no puedo", nos dijo ante la mirada atenta de Sergio, quien claramente se muestra menos celoso de la privacidad de ambos que su mujer. Incluso él había partido a buscar fotos setenteras, de los años en que Patricia acababa de entrar a la Universidad de Chile, y algunas otras imágenes familiares que le pedimos. Pero ella lo paró en seco, delimitando claramente el terreno. "No, Sergio, no. Yo puedo hablar de mis procesos. De cómo llegué a donde estoy, pero no de cómo nos conocimos o empezamos a pololear", sentencia, soltando una risa fuerte, como siempre nos ha parecido todo en ella.

Fuerte, firme, lúcida.

Por eso no nos sorprende que cuando estamos terminando nuestra conversación, ella nos invite a preguntarle sin complicarnos sobre "aquello".

-¿Qué es aquello?

"Si mi aspecto físico tuvo algo que ver con mi camino. Eso no entra en el terreno de mi vida privada. Eso sí me lo puedes preguntar", nos alienta.

Su "aspecto físico" es la acondroplasia que heredó de su padre, el ingeniero y miembro de la Cámara Chilena de la Construcción,

Sergio May, hijo del agricultor francés Fernando May y la famosa escultora Marta Colvin. La acondroplasia es un problema a la estructura de los huesos "que comúnmente se relaciona con el enanismo", como explica ella misma, y que también afecta a sus dos hermanos, una mujer y un hombre. Su madre, Georgina Urzúa, como su marido, Sergio Sagües, no padecen esa condición, tal como no la tenían ni su abuela Marta ni su abuelo, quienes concibieron tres hijos, de los cuales sólo el padre de Patricia presentó el problema, lo que revela cuán marcada está la acondroplasia por el azar genético. Paloma y Juan Francisco, los hijos adolescentes de Patricia y Sergio, son de talla normal.

De esa condición hereditaria es de lo que sí está dispuesta a hablar e incluso a escribir. Así lo hace a manera de epílogo en su exitoso libro *Todos los reinos palpitan en ti*, que se ha mantenido durante más de veinte semanas en la lista de los más vendidos desde que apareció hace poco más de un año. En él, Patricia vierte lo que ha concluido en un par de décadas de trabajo espiritual, compartido silenciosamente con centenares de personas.

Leemos: "Nací con una enfermedad llamada acondroplasia... Los dolores físicos y emocionales fueron una constante en mi infancia, adolescencia y juventud. Con la autoestima profundamente dañada, con una sensación de degradación permanente y con la idea de que no tenía cabida en el mundo, ni ninguna posibilidad de realización como ser humano, inicié mi camino".

Y, cara a cara, ahora en su jardín, la escuchamos abundar sobre el asunto:

-Además de complicaciones físicas objetivas, mi condición me produjo mucho dolor en mi adolescencia, en el sentido de cómo la apariencia podía impedirte conectarte con el otro. A pesar de eso, yo toda mi vida he tenido muy buenos amigos. No he sido una persona sola, hosca ni amargada. Ni mi casa lo fue. Mi casa siempre estuvo llena de amigos, de primos... Pero sí, lo pasé mal, porque se me produjo toda una búsqueda imperativa de saber quién era yo, qué sentido tenía mi existencia. Fue súper importante para mí buscar y encontrar, encontrar sobre todo, una identificación con algún aspecto que me dignificara, porque una cultura narcisista como la nuestra indignifica a todo el

que es distinto. Sobre todo en aquellos tiempos pre Teletón de mi adolescencia. Para mí uno de los grandes logros de la Teletón es que la gente tiene mucha más aceptación y tolerancia hacia la diferencia. Sí, porque ¡apareció en la tele!, el diferente se legitimó. Hoy un niño con síndrome de Down no se esconde y hasta le buscamos trabajo... O sea, al menos en estos temas, se ha producido una apertura de esta sociedad chilena que debe ser una de las más pacatas y tradicionales del mundo.

Pre Teletón entonces y con los tormentos propios de los 15, de los 16 años, Patricia cuenta que sintió una suerte de inspiración interior. Estaba en cama, convaleciente de una de las muchas operaciones a los huesos a los que ha debido someterse producto de su condición ósea; el primero medio en el Saint John's Villa Academy, su colegio de siempre, había quedado pendiente, y sus padres le contrataron un profesor para que preparara exámenes libres.

-Carlos Arriagada, se llamaba. Él fue para mí un hombre inspirador, quien logró que pasara de ser una persona bastante dormida a una llena de intereses. Mi mente floreció con él. Me abrió el mundo de la poesía, de la biología... Me hacía clases de todas las materias. Creo que fue un proceso sincrónico: yo estoy convencida de que las cosas no pasan porque sí. Que, como dicen, el maestro aparece cuando el discípulo está listo.

No necesito ir a China

Fue en el Pedagógico de la Universidad de Chile, a comienzos del sensible año 1974, en la Escuela de Antropología, que la veinteañera Patricia May descubrió "la geografía humana de mi país".

-Dicen que los antropólogos de alguna manera tenemos problemas con la cultura y por eso somos gente muy cuestionadora. Allí me topé con personas absolutamente distintas, pero con inquietudes similares, y eso fue apasionante. Lo mío en antropología fue mucho más una experiencia humana que intelectual.

Al terminar la carrera, ya de 23 años, más serena, Patricia dictaba talleres sobre culturas mesoamericanas, pero buscaba desesperadamente la razón de vivir y las causas profundas que mueven el proceso humano.

-No era una búsqueda relacionada con mi situación personal, porque ya me sentía más tranquila, sino con el sentido de la vida. ¿Cómo la existencia humana iba a ser sólo tener una profesión, ganar plata, formar una familia? ¿Cómo todo va a ser tan narcisista y tan chato?, era mi inquietud. Te contaré que hasta estuve al borde de tomar opciones políticas, pero también me daba cuenta de que si elegías la izquierda, tenías que asumir una imagen de izquierda; lo mismo que si tu opción era la derecha... Al final, todo estaba lleno de imágenes preconcebidas, de apariencias de ser.

Ahora, a los 46, Patricia siente que lo suyo de entonces podría asimilarse con el jipismo. "Yo era una jipi algo rezagada. Me identificaba con esa cosa jipi pura, no de droga y experiencias alucinógenas, sino de inocencia y de contacto con la naturaleza. Con aquello de no complicarse, de no cargarse, de ser en lugar de tener".

Asegura que estuvo muy sola en esa búsqueda que probablemente no entendían sus padres. Cuando le comentamos que ellos corresponden a una familia satisfecha, con las necesidades económicas más que resueltas y una vida si se quiere harto burguesa, se queda callada y afirma: "Yo tengo mucho cariño y respeto por mis papás. Ellos son católicos, pero muy abiertos. En especial, mi madre, quien incluso es alumna mía. Yo soy cristiana, pero no cultivo devociones y esa actitud para ellos, en especial para mi padre, puede haber resultado dolorosa, complicada... Yo no soy la única hija, tengo una hermana, pero probablemente soy la más loca", se ríe.

A los 24 años, ¡eureka!, Patricia dio con un grupo de personas (muchos de ellos son sus grandes amigos hasta ahora) que compartía el gusto por ciertas prácticas espirituales, incluida el yoga y la meditación, además de un cuestionamiento existencial similar al suyo. Allí estaba, entre otros, el egresado de arte Sergio Sagües, vecino de su barrio y quien veraneaba en el mismo balneario que los May, pero con el que nunca se había topado.

-Con ese grupo armamos una comunidad espiritual. Éramos todos jóvenes, solteros, a excepción de Graciela, una mujer de 70 años, seguidora de las enseñanzas de Lola Hoffman, quien dejó su departamento y se sumó a la idea de vivir juntos en una casa preciosa y luminosa que arrendamos en la calle Salvador. Éramos

diversos-diversos, no sólo en cuanto a orígenes socioeconómicos, pero estábamos unidos por la misma inquietud interior: para qué estamos aquí, cuál es el sentido de la vida.

A Patricia se le ilumina la cara cuando recuerda esos años en la casa de Salvador, donde finalmente se casó con Sergio Sagües y nació Juan Francisco, su primogénito. "Las horas de almuerzo se prolongaban hasta las seis de la tarde. Trabajábamos poco, ganábamos poco, pero conversábamos, meditábamos, reflexionábamos y nos enriquecíamos mucho".

Para quien lea prejuiciadamente estos párrafos, en Todos los reinos palpitan en ti está la clave de la comprensión de lo que podríamos llamar en forma despectiva el ocio, el conversar, el meditar, el aparente "no hacer nada".

"Enseñamos a nuestros hijos y jóvenes a hacer y hacer y no les damos el espacio para ser, para acallarse y contactarse con su interioridad. Los espacios de soledad y de quietud, de contemplación son considerados como pérdida de tiempo; sin embargo, es la misma naturaleza la que nos da el mensaje de que cualquier acto va precedido de una interiorización. Hacia adentro, hacia afuera son dos gestos básicos del cosmos y una vida sin encuentro interior es una vida sin expresión personal, sin sustancia, sin esencia".

Estas conclusiones simples, como ella misma reconoce, tienen en Patricia May el mérito de ser consecuencia de un trabajo callado y serio que se inició allí en esa comunidad, pero que ya latía en su paso por el Pedagógico. Y que, como reconoce en la introducción de su libro, se ha enriquecido con innumerables lecturas, desde el pensamiento de Teilhard de Chardin, "que me permitió abrirme a ver la evolución en su sentido psíquico y de conciencia, unificando la perspectiva científica y espiritual", hasta los conceptos de Humberto Maturana, "en especial su idea de que estamos en un momento vital en la apertura de un nuevo paradigma", pasando por todas las tradiciones espirituales de Oriente y Occidente, la filosofía de Jung y la poesía de Whitman, entre otros.

Patricia se ríe cuando le preguntamos por viajes. Afirma que no ha peregrinado a India ni recorrido China. "Tengo un amigo que sí ha vivido en Oriente y dice que Chile es hartito más

espiritual que China... No, mi búsqueda no ha sido espectacular. Ese es uno de los grandes errores de nuestra cultura: pensar que todo requiere de acciones extraordinarias. Yo creo que todo está aquí, como dice el taoísmo", reflexiona, mientras nos sirve una taza de café.

Viajando a través del contacto con la naturaleza, su interés por la evolución humana, las culturas mesoamericanas, las tradiciones espirituales orientales, la biología y la ciencia, han terminado por fundirse en las ideas que expone en su libro. Y, como afirma:

-Lo que hablo no es de la boca para afuera, porque lo he trabajado y lo sigo trabajando en mí, porque creo que el mensaje no es lo que uno dice, sino lo que uno es. Uno es el mensaje.

Algo pasa en el subterráneo

"Qué inteligente y hermosa forma de exponer el no apego a todo a lo tangible y lo intangible, lo espiritual y lo concreto. Me refiero a la columna de Patricia May 'La libertad de no poseer'. Felicitaciones".

Esta es una de las tantas cartas que comenzaron a llegar en cuanto "El Sábado" reclutó como columnista a Patricia May para la sección Felicidad a la orden. Ella acababa de publicar su libro en junio del año pasado y su nombre dejaba de ser conocido entre el grupo de iniciados que asistían a sus clases, talleres y grupos de reflexión en Colina y Santiago.

-La Paty se había acercado a la editorial ofreciendo sus poesías, pero le propusieron que hiciera un libro sobre su trabajo. Ella ya lo tenía casi listo, porque desde hace años venía escribiendo sus reflexiones. No se demoró nada en entregarlo -comenta Sergio, mientras ella se deja retratar bajo un alto y frondoso ombú que plantaron hace siete años cuando se instalaron en esta parcela, vecina a la de los padres de Patricia-. Quizás ahora, dado su éxito, ella logre que publiquen sus poemas -concluye Sergio, el amoroso marido pintor, además de profesor de los talleres que dictan en común.

Patricia tiene argumentos para que sus editores la regaloneen.

Por estos días Todos los reinos palpitan en ti está siendo presentado en México, ya que en la filial de Random House-Mondadori de ese país alucinaron con el texto de Patricia May, de la misma manera que sus columnas encantaron a los lectores de "El Sábado". En ellas, la antropóloga abunda en las ideas que desarrolla en su libro, dentro de las cuales quizás la fundamental sea que cada uno de nosotros actúa en consonancia con todo, con los demás y con la naturaleza. Que al hacerlo "moviliza energía que toca a toda la red planetaria y esto hace que cada instante sea significativo, que los gestos importen, que el entusiasmo y amor que ponemos en nuestros quehaceres se transmitan al todo". Por eso, "cada cual es responsable, con todos, de la gestación de un mundo mejor".

Patricia es un convencida de que un mal pensamiento, una mala vibra, por ponerlo en simple, contamina el mundo en lo espiritual, de la misma manera que el esmog lo ensucia ambientalmente. Es su noción de una conciencia holística, que lo involucra todo, que es lo opuesto a la autoconciencia, al imperio del yo, del egoísmo y del egocentrismo que ha dominado hasta ahora.

-Pero ahora yo percibo una gran búsqueda del sentido de la vida en las personas. Muchos ya se han dado cuenta de que en este mundo incierto, ambiguo, el que sigue pegado en la quimera del éxito a partir del hacer y del tener va a terminar cayendo en tierra vacía. Y en esa caída, en esa tierra vacía, está la esperanza, porque se generará una nueva búsqueda. Yo pienso que algo está pasando en el subterráneo del mundo: un movimiento centrado en lo cualitativo y no en lo cuantitativo, y lo más maravilloso de todo es que viene desde adentro. En la larga conversación que sostuvo el año pasado con Cristián Warnken en La belleza de pensar, capítulo del programa que ha sido transmitido varias veces y que también ha contribuido a que ahora su trabajo y ella misma se hagan conocidos, insistió en que tenemos que aprender a oírnos: "El exceso de ruido nos ha vuelto sordos a lo único que vale la pena escuchar: el sonido básico, íntimo, interno que es la voz de la esencia de nuestro ser".

Ella comenzó a hacerlo en esa lejana convalecencia de su 15 años. A partir de ese momento, y de manera más y más consistente, "la meditación y el contacto interno me llevaron a la certeza de que un cielo claro, luminoso de sabiduría y amor

existía en mi centro, lo cual me permitió desvincularme de una imagen deplorable y avergonzada de mi persona. Sin embargo, fueron las emociones, rabias, miedos, envidias y penas las que me dieron mayor trabajo. Fue un largo, costoso y valiente descenso hacia las profundidades de mi ego para descubrir las raíces mismas de mis carencias e inseguridades. Sólo cuando fui capaz de mirarlas de frente es que pude deshacerme de su dominio sobre mí.

"A partir de mi historia, tiendo a pensar que ninguna condición es un obstáculo para ir a la realización y al amor, que los seres humanos estamos dotados del inmenso poder del espíritu y este al ser activado, jamás podrá ser vencido por las condicionantes vitales".